

## **CAPÍTULO 2**

### **EL AVANCE DE LA PROLETARIZACIÓN Y LA ORGANIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES (1870-1904)**

**María Paula Parolo**

#### **1. Presentación**

En el último cuarto del siglo XIX la llegada del ferrocarril y el consecuente auge de la industria azucarera transformaron profundamente el universo laboral de la provincia. No sólo la matriz productiva ganadera-mercantil-manufacturera fue desvaneciéndose para dar paso al modelo agro-industrial-azucarero, sino que el paisaje agrario, la densidad y composición demográfica y el despertar urbano, acompañaron el proceso de modernización que experimentó Tucumán en el entresiglo. Sin embargo, la modificación de la fisonomía tucumana se produjo con fuertes contrastes: por un lado, el crecimiento económico y la modernización de la infraestructura y tecnología en la capital y el radio céntrico, frente a una clase trabajadora sujeta a duras condiciones de vida y de trabajo.<sup>1</sup>

#### **2. Oficios y ocupaciones en Tucumán a fines del siglo XIX**

Las cifras que arrojan los censos nacionales de población de 1895 y 1914 dan cuenta de las profundas transformaciones que la actividad azucarera produjo en la estructura productiva y la modificación sustancial en las relaciones sociales. Un primer indicador general de ese cambio fue la acelerada expansión de la Población Económicamente Activa (población de ambos sexos en condiciones de participar en el mercado de trabajo, en adelante PEA) entre los tres censos nacionales. En el recuento de 1869 el 49,3% de una población total de 108.953 habitantes se encontraba económicamente activa; en 1895 la población ascendió a 215.561 y su PEA a 57,3%; mientras que a comienzos del siglo XX el censo de 1914 registraba 332.933 habitantes de los cuales un 56,2% eran potenciales

---

<sup>1</sup> Este capítulo se sustenta, principalmente, en los aportes de las publicaciones de Daniel Campi, María Celia Bravo y Vanesa Teitelbaum.

trabajadores (Bravo, 1989:81). Es decir, junto con la expansión industrial y la dinamización de la economía provincial que ésta supuso, se incrementó la población total y con ella la oferta social de trabajo.

El importante aporte inmigratorio que recibió la provincia a partir de 1890 reforzó la población masculina económicamente activa joven y adulta. Este sustancial caudal de extranjeros –que se ubicaron de manera diferencial en el mercado laboral, como veremos más adelante– impulsó un crecimiento de la población total en un 23 por mil y de la PEA en un 20,7 por mil, entre 1895 y 1914, alcanzando en este lapso el máximo incremento hasta mediados de siglo XX (Cusa, 1989:57).

Hacia fines del siglo XIX la agricultura seguía predominando en el paisaje y la vida económica provincial, sin embargo ya se anunciaban algunos de los cambios que dejarían atrás el contexto económico del siglo XIX caracterizado por un escaso desarrollo, por una mayoritaria población rural y por el trabajo familiar en unidades productivas de autosubsistencia. A partir de la década de 1870 coexistieron, entonces, dos tipos de economías: la de subsistencia (campesinos que trabajaban con mano de obra familiar parcelas de tierra bajo diferentes formas de tenencia)<sup>2</sup> que se iba desarticulando paulatinamente frente al avance de los trapiches, la industrialización, la urbanización y la proletarización de esa potencial masa de trabajadores que aún pendulaban entre el trabajo familiar y el empleo ocasional en los ingenios. Los datos de los censos nacionales del período dan cuenta de este proceso de transformación (ver Tabla N° 8)

La inserción ocupacional de la PEA tanto en el primer como en el segundo recuento censal presenta un claro predominio del sector terciario, especialmente en las ocupaciones de servicio doméstico y de peones y jornaleros. La industria y la manufactura ocupaban el segundo lugar en orden de absorción de mano de obra activa con una clara división del trabajo en 1895 entre un 10,2% de hombres ocupados en la industria azucarera y un 10,4% de mujeres en la manufactura textil. En 1914 las ocupaciones femeninas en ese rubro se incrementaron ligeramente mientras el porcentaje de la PEA masculina ocupada en industria azucarera se redujo a la mitad acusando recibo de la crisis que atravesó dicha

---

<sup>2</sup> Podía variar desde la propiedad legítima, la tenencia precaria (sin títulos), el arriendo o la ocupación de hecho.

rama industrial después de 1895. La inserción en el sector primario disminuyó de un 22,7% (en 1895) a un 17,7% (en 1914) notándose especialmente este descenso en la agricultura.

Comparativamente con la composición ocupacional de la PEA que arrojan las cifras del censo de 1869 (ver capítulo 1) fue notable el incremento de la demanda de empleo en el último cuarto del siglo XIX, que coincidió con la expansión del área cultivada con caña de azúcar y la instalación de ingenios. Todo esto redundó en un engrosamiento del proletariado rural que adquirió características muy heterogéneas en tanto, entre otros aspectos, se nutría de migrantes estacionales y trabajadores permanentes. Los primeros se insertaron como personal técnico y obreros especializados conformando alrededor del 10 o 20% del total de la mano de obra ocupada en la industria, mientras que los nativos ocuparon los estratos más bajos, con tareas de menor calificación.

Asimismo, el mundo laboral femenino quedó reducido a unas pocas actividades de tipo artesanal y al servicio doméstico, quedando al margen del desarrollo capitalista moderno, según sostiene Ana Teresa Cusa en su estudio sobre las ocupaciones en Tucumán entre 1895 y 1914 (Cusa, 1989:63). Los índices de participación de la mujer no se encontraban ligados a la estructura demográfica, sino a variables relacionadas con condiciones culturales, sociales, económicas e históricas. Es decir, en directa relación con la organización del trabajo. Mientras el desarrollo fuera escaso (con predominio de empresas familiares artesanales o agrícolas), las mujeres participaban de la vida económica atendiendo el hogar y el trabajo en estas unidades productivas. A medida que la estructura económica, la urbanización, el empleo y los métodos modernos de producción avanzaron fueron desapareciendo las economías domésticas y la mujer debió enfrentarse con la fuerza de trabajo masculina ocupándose de trabajos productivos fuera del hogar.

Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX se produjo, entonces un cambio en la estructura ocupacional. Los servicios, junto con las industrias, las manufacturas y la actividad agrícola formaron el mercado de trabajo más importante del siglo, desplazando al comercio y ganadería como los principales motores de la economía provincial y, por ende, como fuentes de demanda de mano de obra. En suma, en el entresiglo, el perfil productivo y la estructura ocupacional de la provincia experimentaron profundas transformaciones.

Mientras que en la Capital el proceso de transformación impactó sobre un amplio y heterogéneo conjunto de trabajadores, cuya cifra era difícil de mensurar tal como advertía Paulino Rodríguez Marquina –director de la Oficina de Estadística de la Provincia– al presidente del Departamento Nacional de Trabajo en 1909.<sup>3</sup> Un sector considerable estaba compuesto por trabajadores de oficios, de los cuales algunos trabajaban por cuenta propia, aunque predominaban los dependientes de los distintos talleres surgidos en la ciudad al influjo de la especialización azucarera. Los oficios más numerosos eran los vinculados al rubro de la construcción (albañiles, carpinteros, cortadores de material); de la alimentación (entre los que se destacaban los panaderos y, en menor medida, cocineros, licoreros y queseros); y de la metalurgia (que incluía a fundidores, herreros y hojalateros). Otro grupo con cierto desarrollo eran los sastres, zapateros, talabarteros e impresores que se desempeñaban en las decenas de establecimientos instalados en el municipio.<sup>4</sup> Asimismo, el crecimiento económico y la modernización de la infraestructura urbana alentaron el incremento de empleados de comercio y de oficios vinculados al transporte, como trabajadores ferroviarios, carroceros y cocheros. Por otra parte, la difusión de nuevos patrones culturales de comportamiento familiar y social según el género impulsó el aumento de las ocupaciones asociadas al servicio doméstico como lavanderas, planchadoras, mucamas, etc. En estas actividades afloraba el componente de circulación y la alternancia que caracterizaba a los trabajadores de servicio. Situación que definía a los jornaleros, ocupación que involucraba especialmente a la fuerza de trabajo masculina que carecía de ocupación fija.<sup>5</sup>

Por otra parte, en el área rural del departamento Capital se forjaba otro universo laboral modelado por la presencia de los ingenios que requerían de gran cantidad de peones para el trabajo de fábrica y para las tareas de cultivo, cosecha y acarreamiento de materia prima. En el distrito funcionaban cinco fábricas de azúcar y alcohol, de pequeña capacidad productiva, que empleaban cientos de peones y obreros que se desempeñaban como personal permanente,<sup>6</sup> demanda

---

<sup>3</sup> *II Censo Nacional de la República Argentina*, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1898, T. II, pp. 552-555.

<sup>4</sup> *Boletín de la Oficina de Estadística y del Trabajo de la Provincia de Tucumán*, Nro 1, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1914, pp. 159 y 163..

<sup>5</sup> *Boletín de la Oficina de Estadística y del Trabajo de la Provincia de Tucumán*, Nro 1, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1914, pp. 156-163.

<sup>6</sup> *III Censo Nacional de la República Argentina*, T. VII, p. 559.

que imprimía una dinámica particular al mercado de trabajo de este distrito (Bravo y Teitelbaum, 2009:4-5).

La transformación de la estructura ocupacional rural en el entresiglo fue acabadamente sintetizada por Bravo cuando sostiene que “en 1869 el productor de azúcar era a su vez plantador y comerciante; el artesano y la tejedora doméstica solían afrontar personalmente la comercialización de sus productos; hacia fines del siglo XIX los trabajadores temporarios en la zafra y el campesino minifundista completaban la labor estacional con otro tipo de actividad” (Bravo, 1989:78). Pero el avance de la industrialización del azúcar profundizó la división del trabajo, separando la fase agrícola de la fabril, lo que generó un poderoso grupo de industriales, un importante sector de campesinos propietarios y un ejército de jornaleros que vendrían a suplir la ausencia de mecanización de la siembra y la cosecha de la caña (Bravo, 1989: 79).

### **3. El mundo del trabajo rural**

Las transformaciones impulsadas por la modernización y expansión de la agroindustria del azúcar en el norte argentino durante el último tercio del siglo XIX fueron múltiples y profundas. El recurrente reclamo de agricultores e industriales por la escasez de brazos y por la “propensión a la vagancia” de los peones alentó el diseño de una política de disciplinamiento de la fuerza laboral reacia a someterse al orden y el rigor del trabajo asalariado. Es decir, además de enfrentarse con un problema cuantitativo, las clases propietarias se toparon con uno cualitativo: la pervivencia de hábitos pre-industriales y la existencia de otras formas de subsistencia que permitían a un gran número de individuos contratarse como asalariados sólo eventualmente y sin respetar necesariamente las pautas de la demanda de mano de obra de la economía provincial (Campi, 1991:129)

#### ***3.1 Las normativas de trabajo y la conformación de mercados laborales***

En el noroeste argentino, productores minifundistas, artesanos, indígenas, cazadores y recolectores del Chaco conformaron una masa laboral que fue necesario captar y disciplinar combinando coacción con incentivos monetarios (Campi, 2000:90). De este modo, el espacio se reorganizó en torno a “áreas centrales” (los epicentros productivos) y “áreas satélites” (las zonas que se articulaban con las primeras como proveedoras de mano de obra); se redefinieron las relaciones de poder a partir de la conformación de una burguesía del azúcar y

las migraciones intrarregionales se hicieron intensas, acentuando antiguos desequilibrios demográficos y generando otros nuevos (Campi, 2009:244).<sup>7</sup>

Siendo la azucarera una actividad con una demanda laboral que se concentraba en los meses de la zafra, la proletarización de los contingentes captados para ingenios y plantaciones fue incompleta y desigual. Incompleta, porque la mayor parte de los trabajadores conservaron vínculos directos con sus actividades de subsistencia tradicionales; y desigual por las diferencias entre la situación de los “temporarios”, “zafreros” o “cosecheros”, con los trabajadores “permanentes”, cuya condición de asalariados fue plena (Campi, 2000:91).<sup>7</sup>

La heterogeneidad de la mano de obra captada por los ingenios (integrada básicamente por criollos y mestizos tucumanos, santiagueños y catamarqueños) provocó que los mecanismos utilizados para retenerlos fueran los derivados de las antiguas normativas socio-laborales de origen colonial como las leyes contra la vagancia, la papeleta de conchabo y el peonaje por deudas, que fueron actualizadas en 1888 a través de una ley.<sup>8</sup> Estas tres fueron las piezas claves del sistema coercitivo necesario para contar con un numeroso y dócil ejército de asalariados indispensable para el desarrollo de la industria azucarera.

Las leyes contra la vagancia estaban dirigidas a disciplinar a las masas “ganadas por el ocio y la embriaguez”, según la mirada de las élites propietarias y gobernantes. De este modo, se reportaba como “vago y malentretenido” a todo individuo que no tuviera propiedades u “oficio útil” para sobrevivir y se lo perseguía como potencial delincuente, obligándolo a ocuparse –bajo régimen de conchabo– con un patrón. De allí que se dotó al Departamento de Policía de los recursos y medios necesarios para suprimir la vagancia y estimular el trabajo. Fue esta institución la encargada de identificar a los “vagos” y colocarlos al servicio de un patrón, así como de recibir denuncias por las fugas, perseguir al prófugo y devolverlo a su conchabador. De este modo, la condena y persecución de la vagancia constituyó, de alguna manera, la justificación ideológica del sistema de conchabo.

---

<sup>7</sup> En 1880 sólo en los ingenios tucumanos trabajaban entre 10.000 y 11.000 hombres, mientras que en 1898 se calculaba alrededor de 70.000. En su mayoría criollos, muchos acompañados por sus mujeres e hijos, formando alrededor de las fábricas verdaderas poblaciones flotantes (Campi, 2000:91)

<sup>8</sup> Ley de conchabos (Nº: 582). Sancionada en fecha 12-12-1888. Promulgada el 13-12-1888. Derogada por Ley 699 en 1896.

La ley de conchabo recaía tanto sobre hombres como mujeres que no tenían “renta propia ni ocupación lícita que provea su subsistencia bienes suficientes, o una ocupación o industria que permita vivir honestamente”. Los individuos en esa condición debían vincularse a un patrón a través de un contrato para desempeñar indistintamente cualquier tipo de trabajo. En consecuencia, el conchabo podía ser por día, por semana, por quincena, por cierto número de meses o por un año. También por una tarea o empresa determinada, es decir, a destajo. Como comprobante del compromiso laboral establecido, la policía emitía una papeleta al peón que daba cuenta de su condición de conchabado, el tiempo del contrato, el salario pactado y los datos del patrón.

El artículo 37 establecía que

“el patrón es un magistrado doméstico, revestido de autoridad policial para velar por el orden de su casa, haciendo que sus subordinados le presten obediencia y respeto, y que cumplan puntualmente sus deberes. Cuando un jornalero incurra en falta que comprometa el buen orden de la casa puede ser detenido en prisión, hasta dar cuenta a la autoridad policial del lugar, lo cual verificará el patrón inmediatamente, bajo las responsabilidades de derecho”.

Si bien le otorgaba un poder considerable, el artículo 45 delimitaba las obligaciones que éste último tenía respecto de su empleado:

“El patrón debe pagar el salario a su peón o sirviente al fin de cada día, si así lo exigiese este, y no estuviese otra cosa determinada por el contrato. Debe mantenerlos con alimentos sanos y suficientes, en dos comidas diarias. En caso de enfermedad del jornalero contraída en el trabajo, el patrón deberá suministrarle los alimentos prescriptos, sin cargarle en cuenta, mientras dure la enfermedad, siempre que no exceda de quince días”.

En caso que no cumplieran podían ser demandados ante la autoridad policial. Respecto de los sirvientes y jornaleros estaban obligados a prestar “fidelidad, obediencia y respeto a sus patrones y ejecutar con diligencia las labores y órdenes que les impongan, siempre que no sean contrarias a la moral y las leyes”. Residían en la casa principal del patrón o en los establecimientos, puestos o pertenencias que él determine. Debían trabajar de sol a sol, descansando dos horas en el medio del día en los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero, a excepción de los meses de cosecha en las fábricas de caña de azúcar y una hora en los demás meses del año.

El incumplimiento de cualquiera de las disposiciones de la ley, tanto por parte de los patrones como de los jornaleros, se encontraba penalizada y era la policía la encargada de implementar la pena.

Como dijimos unas líneas más arriba, la ley de conchabo regulaba la posibilidad de adelantos de salario, que no podían superar la mitad del precio convenido (en caso de trabajo a destajo) o exceder del salario correspondiente a dos meses (en el resto de los casos). Esta práctica del adelanto de salario dio pie a un mecanismo complementario de retención de la mano de obra durante la etapa formativa de la economía industrial azucarera: el endeudamiento. Este último fue un mecanismo muy generalizado en todo el contexto latinoamericano hasta bien entrado el siglo XX que incluso es probable que no se haya extinguido totalmente hasta el día de hoy. En Tucumán, el “peonaje por deudas” resultó una práctica típica de esta etapa en la que las relaciones salariales tendieron a distorsionarse por la confluencia de diversos factores.

Del mismo modo que la legislación contra la vagancia y la papeleta de conchabo, el sustrato en el que se asentó el endeudamiento fue una sociedad en la cual la mano de obra potencial estaba constituida por hombres libres reacios a someterse a la condición de asalariados, sector social sobre el que las clases dominantes necesitaban aplicar diversas formas de coerción y de violencia para acelerar la constitución del mercado de trabajo. Esa coerción, a su vez, debía combinarse necesariamente con incentivos monetarios (el salario a cambio de fuerza de trabajo), ya que por sí mismos ninguno de estos dos elementos fueron suficientes para constituir una masa laboral permanente y estable (Campi, 1991:134)

De allí que la relación entre el sector patronal y los trabajadores comenzó forzada por ambos elementos: la legislación represora de la vagancia, por un lado, y la oferta de un fuerte anticipo de salarios a cuenta de los trabajos como mecanismo de captación y posterior retención de los asalariados, por otro.

El endeudamiento que significaba el adelanto de salario potenciaba la situación de dependencia del trabajador ya que si no culminaba su tarea o su tiempo de contrato y se fugaba era tomado por delincuente alegando la figura jurídica de “hurto de servicios”, la que se castigaba con arresto e, inclusive, acciones de resarcimiento por parte de los patrones.

A pesar del reconocimiento de la libertad de romper el vínculo laboral que admitía la legislación, los patrones seguían considerando como derecho de propiedad el uso de la fuerza de trabajo de aquellos hombres que se inscribían en



los registros de conchabo como peones “propios” Tal vez por esa razón, la fuga haya sido la más generalizada y eficaz forma de resistencia de los trabajadores al sistema y el método más expeditivo para recuperar la libertad de vender su fuerza de trabajo al mejor precio posible (Campi, 1991: 135-138). Con ese marco legal se conformaron y coexistieron varios mercados laborales: el de trabajadores calificados –cuyo nivel salarial los liberaba del conchabo–; el de los sometidos al conchabo coactivo y un tercer mercado derivado de la fuga de estos últimos –los prófugos– que, a pesar de encontrarse al margen de las disposiciones de las leyes y reglamentos vigentes, eran contratados por otros patrones, quienes saldaban su deuda con el empleador anterior y los volvían a someter a condiciones de trabajo bajo coacción.

El elevado número de prófugos (11.066 sólo en 1889) denunciados en la policía dan cuenta de la magnitud de este fenómeno y explica los grandes esfuerzos que hizo el Estado para reprimirlos, montando un aparato policial dedicado prácticamente a su control, represión, persecución, captura, castigo y restitución a sus patrones.

El sistema coactivo entró en crisis en la década de 1890. La resistencia de los peones, que fugaban de sus lugares de trabajo rompiendo unilateralmente sus contratos y las violaciones al sistema por los mismos patrones que contrataban peones “prófugos” fueron problemas irresolubles e hicieron inevitable la derogación de las normativas coercitivas en 1896. La certidumbre de que los costos estatales y privados del sistema se habían vuelto muy costosos llevó a la clase dirigente tucumana a liquidarlo oficialmente. La derogación de la ley de conchabo despejó el camino para la constitución de un mercado de trabajo libre y unificado (Campi, 2000:92-93)

### *3.2 Las condiciones de vida y de trabajo en el paisaje azucarero*

El ingenio fue el punto neurálgico de la nueva sociedad que se modeló en torno a la producción azucarera. El establecimiento de una fábrica moderna implicó un radical cambio del paisaje. En torno a ellos se levantaron nuevos e improvisados pueblos que en un comienzo eran abigarradas rancherías. Según relatos de época eran “casuchas construidas con totora, tierra cruda, paja o despunte de caña de azúcar” que ocupaban los trabajadores temporarios o zafreros (Campi, 2009: 248). Los permanentes gozaban de ciertas ventajas ya que en algunos ingenios los propietarios edificaron casas de material para ellos. Es decir, los que terminaron como trabajadores permanentes ocuparon las viviendas que a ese fin construyeron los ingenios; los transitorios o zafreros en los llamados cuartos, conventillos, pabellones o galpones –construcciones mucho más

precarias—, o directamente instalaban sus rancherías o tolдерías, según el caso, en las inmediaciones de las fábricas o en las plantaciones a que eran destinados.

El ordenamiento del espacio, la localización de las viviendas, su diseño, el tipo y calidad de los materiales utilizados reflejaban estrictamente las jerarquías sociales. El centro, el lugar del poder por antonomasia, era la sala o el chalet de los propietarios, ubicado generalmente en el mismo predio de las fábricas, aunque en un espacio celosamente reservado. La distancia o cercanía con relación a éste del resto de las viviendas daba una pauta del estatus social que poseían sus moradores. En consecuencia, las destinadas a los pocos empleados jerárquicos y técnicos se ubicaban pegadas o en frente de las fábricas, luego las de los empleados administrativos, más alejadas las de los obreros permanentes y, luego de éstas, los “pabellones” o “conventillos” destinados a los trabajadores temporarios. (Campi, 2009: 248)

La tipología de las viviendas obreras era eminentemente rural. Las de los obreros permanentes eran, al principio, simples “ranchos sistematizados”, emplazados en hileras, con paredes blanqueadas y techo de tejas en reemplazo de la paja. Posteriormente, se construyeron casas de material con techos de teja o zinc y pisos de ladrillo cocido. Los diseños de estas viviendas tuvieron muchas variantes, pero dos elementos serán constantes: la galería y la inexistencia de pasillos de circulación (Campi, 2009: 248)

Sobre la alimentación de los obreros, las crónicas periodísticas que redactó Sarmiento en su visita a Tucumán de 1886 echan un poco de luz: “la generalidad de la gente come pan y carne diariamente”. En efecto, el pan (amasado y horneado en las viviendas), la carne y el maíz constituían la base de la dieta alimenticia. En los ingenios se solía suministrar locro en grandes bateas, de las cuales los trabajadores se servían con cucharas de madera. Pero lo más usual — hasta la huelga de 1904— era “la ración” compuesta por dos libras de carne, dos libras de maíz, unos gramos de sal y a veces algo de leña, que diariamente se entregaba a los trabajadores como parte del salario. Según los críticos del sistema, la calidad del alimento suministrado era mala y producía no pocos conflictos entre patrones y peones. La importancia que la cuestión de la ración adquirió en los primeros años del siglo XX fue tal que su supresión —junto al vale, la moneda privada de los ingenios— fue contabilizada como una de las grandes conquistas de la huelga de 1904.

La condición sanitaria de los trabajadores azucareros presentaba un panorama poco alentador. La persistencia de una alta proporción de defunciones en el primer año de vida con respecto al total de muertes y —por lo menos hasta

1920– de “torres de mortalidad exacerbadas” pondrían de relieve que se trataba de “una sociedad que todavía se encontraba fuertemente expuesta a la acción de enfermedades que, por otro lado, ya habían sido controladas –en el país o en el exterior– con medidas sociales o con la mejora de los niveles de ingreso” (Bolsi y D’Arterio, 2001:38). En efecto, en el bienio 1897-1898 la mortalidad en el grupo de edad de cero a cinco años en toda la provincia constituía el 56,29% del total de defunciones. Las enfermedades infecciosas y parasitarias, epidémicas o no, eran las causas principales de los decesos. Las infecciones gastrointestinales, broncopulmonares y patologías como el sarampión (esta última con una participación del 6,35% en el total de las defunciones) predominaban entre niños y jóvenes. La mala alimentación, las bajas defensas, el incipiente desarrollo de la vacunación preventiva y una atención sanitaria más que deficiente pueden enumerarse como los factores que explican esta realidad. En este marco, la falta de higiene y la ausencia de elementales hábitos de asepsia permiten entender la elevada mortalidad de los recién nacidos por el “mal de los siete días” (el tétano) cuya participación en el total de muertes ascendía al 3,25% en los dos años citados (Campi, 2009:259).

Si bien en la primera década del siglo XX varios ingenios prestaban ya asistencia médica a sus trabajadores (lo hacían La Esperanza, La Providencia y Bella Vista), establecimientos que, además, acostumbraban a otorgar pensiones a aquellos que quedaban impedidos por accidentes de trabajo, de todos modos, parece que no era suficiente. La usanza era una o dos visitas semanales de los facultativos, lo que no habría brindado una buena cobertura en fábricas que durante la zafra ocupaban con frecuencia a más de 1.000 operarios.

En lo que sí los ingenios tucumanos fueron más proclives fue en sostener escuelas. Ya en 1886 Sarmiento elogiaba la iniciativa del industrial Juan María Méndez quien mantenía en su establecimiento, La Trinidad, una “excelente escuela”. Pero, en 1899 el ejemplo no había cundido demasiado, ya que en sólo seis de los 33 ingenios de la provincia funcionaban establecimientos de primeras letras para niños. Con el nuevo siglo las escuelas fueron apareciendo en todos los poblados azucareros, apoyadas por las empresas en grado diverso. En algunos casos facilitaban el edificio, o pagaban los maestros, o proveían de leche a los niños; inclusive se pusieron en funcionamiento centros para enseñar a leer y escribir a obreros adultos. La temprana edad de ingreso al mundo laboral atentaba, sin embargo, contra la posibilidad de extender la educación básica. Niños de hasta nueve años trabajaban en las fábricas en las tres primeras décadas del siglo XX y siguieron haciéndolo –con todo el grupo familiar– por

muchos años más en las labores del corte y cargado de la caña (Campi, 2009: 261).

Según los contemporáneos –propietarios, administradores y observadores más o menos imparciales– las condiciones de existencia de los trabajadores estaban definidas, en gran medida, por una carga cultural negativa que era preciso modificar en su propio beneficio. Ante todo, dos vicios capitales, con consecuencias desastrosas para su salud y el bienestar de sus familias, eran el alcoholismo y la propensión a los juegos de azar y diversiones *non sanctas*, que con frecuencia desembocaban en violentas y trágicas reyertas, desórdenes, enfrentamientos con la fuerza pública e, invariablemente, gran ausentismo laboral. Asociado a ello, se remarcaban los elevadísimos niveles de analfabetismo; una religiosidad primitiva, inseparable de las creencias en supersticiones y agüeros; la confianza en la efectividad de las prácticas de los curanderos y el correlativo rechazo a la medicina científica; la mayor difusión del concubinato con relación a las uniones legales; la ausencia de hábitos de higiene y el desaseo personal generalizado.

Un observador de la época, Juan Biale Massé en su Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas, reflejó la cotidianidad de la vida laboral azucarera

“Tal es en su conjunto el ingenio «Esperanza». Se mueven en él doscientos cincuenta obreros criollos y cinco extranjeros, y en la época de cosecha, durante cuatro meses, de seis a setecientos. Tan pocos extranjeros me llama la atención; me dicen que aun cuando el criollo es vicioso de bebida y juego, es más inteligente, más hábil y disciplinado que el extranjero, sufre mejor el clima y se apega más. La casa paga 500 pesos mensuales al mecánico en jefe, y desde el sueldo de 4 pesos diarios a 2, resulta un término medio de 3,40 para el salario de los obreros de taller. Durante la cosecha trabajan seis mujeres bolseras; se les da 8 pesos, alojamiento y ración. Los peladores de caña ganan 30 pesos y la ración y alojamiento de los demás, ó un peso por carrada; y los que trabajan así ganan hasta 150 pesos al mes. Los peones del cañaveral, que ganan 24 pesos, en la cosecha se les paga 30 ó 35, según el trabajo; un asado, una galleta y una empanada los domingos.

“La cosecha dura de cien a ciento veinte días, empezando el 1.º de junio. La jornada ordinaria es de sol a sol; a las ocho se da media hora para el mate, y al medio día, una en invierno y dos en el verano, para comer. En la cosecha el trabajo de la fábrica es continuo, dividido en dos

tandas que trabajan de seis a seis. No puedo menos de criticar esta jornada; me contestó el director, que se tenía el cuidado de reemplazar a los que se cansaban ó les daba sueño; pero esto no es bastante, ni conveniente para el mismo patrón”.<sup>9</sup>

Una gran distancia cultural separaba, entonces, el universo de los propietarios, administradores y empleados jerárquicos, de hábitos y cosmovisiones urbanas y burguesas; y el de los trabajadores, todos provenientes del mundo rural, algunos recién incorporados al mercado de trabajo e inclusive los provenientes de zonas de economía de subsistencia (Campi, 2009:256).

En el marco de este contraste de sensibilidades, el sector dominante implementó, con suerte diversa y con el auxilio estatal, una serie de medidas correctivas tendientes a “moralizar” y “civilizar” al sector subalterno que debían apuntalar el ordenamiento social y elevar la productividad del trabajo. Para ello buscaron disociar de manera tajante el ámbito del esparcimiento y la diversión del laboral, estigmatizando al primero y enaltecendo al segundo.

El Reglamento para los Peones del ingenio Bella Vista, elaborado a fines del XIX pero que regía todavía hacia 1920, demuestra con elocuencia los serios obstáculos con los que se enfrentaba la élite azucarera para modificar ese legado del mundo rural e imponer una férrea disciplina laboral. Estaba completamente prohibido a los peones de la fábrica (según el mencionado reglamento) entrar al trabajo con cuchillo o cualquier otra arma, así como hacer bailes y jugadas de taba o naípe, dentro del radio del ingenio (Campi, 2009:256). En efecto, los pueblos azucareros no concebían sus prácticas disociadas de fiestas y bailes, los que podían durar varios días.

En suma, en los ingenios azucareros los contrastes fueron notablemente acentuados en lo relativo a costumbres, formas de sociabilidad y condiciones de vida. En un radio reducido convivían propietarios, personal jerárquico y todas las escalas de los trabajadores; a los ojos de los observadores la riqueza se exhibía con ostentación y la pobreza se manifestaba impúdicamente (Campi, 2009:256). Entre los propios trabajadores las disparidades no eran menores. Sobre la base de la calificación laboral, de la pertenencia étnica o de la condición de permanentes y transitorios estaban divididos en una compleja escala de jerarquías de los que eran celosos defensores.

### *3.3 Entre la coacción y el salario*

---

<sup>9</sup> Biale Massé, 1904:183

La naturaleza del salario del peón azucarero era de tipo "arcaico", es decir integrado por un componente "natural" (generalmente la "ración" que consistía en carne y maíz) y otro monetario. Para evitar que la expansión de la demanda ocasionara subas excesivas de los salarios, la elite provincial apeló a la coacción como complemento de los incentivos monetarios.

En circunstancias de auge económico y problemas en la oferta de mano de obra es de suponer que si la fuerza de trabajo poseía cierta decisión y voluntad de negociación, ello debió reflejarse en un aumento de ingresos del sector. La importante migración de trabajadores de provincias vecinas, que eran atraídos por ingresos monetarios más altos, indicaría que ello efectivamente ocurrió. Esta afirmación cobra sentido estimando la evolución del salario real del peón azucarero, como lo hizo Daniel Campi para los años que van de 1881 a 1893 (Campi, 2004). (Ver Tabla Nº 9 en Anexo)

Como se trataba de una masa laboral de proletarización reciente y con ciertas posibilidades de acceso a medios de subsistencia alternativos al trabajo asalariado, la oferta era altamente inelástica, como quedó registrado en abundante documentación de tipo cualitativo (informes oficiales y privados, papeles de policía, notas de prensa). Es decir, los trabajadores tenían una alta valoración relativa del "ocio" respecto a la renta, entendiéndose como "ocio" (la "vagancia" o la "libertad", según la perspectiva del observador) el tiempo dedicado a toda otra actividad distinta al conchabo obligatorio.

En esta situación, los instrumentos de coacción extraeconómica permitían a los empresarios obtener la mano de obra necesaria para los niveles de actividad en que operaban, pagando un nivel de salario compatible con su condición de mínimo costo y/o la cantidad de excedente que desearan captar, con la sola limitación de la eficacia con que se aplicaban.

Aunque tenemos datos elocuentes sobre el agudo crecimiento de la demanda de trabajo que tuvo lugar en ese corto periodo (incremento del área cañera, construcción de líneas férreas, etc.), no hay cifras que permitan mensurar la incidencia que tuvo sobre ella, por ejemplo, el sector de la construcción en la ciudad capital y en las ciudades y villas del interior tucumano. Igualmente, como se ha dicho, no es posible determinar si, contemporáneamente, se debilitó o no el flujo de migrantes de Santiago del Estero y Catamarca. Al respecto, es muy probable que el auge azucarero santiagueño que tuvo lugar en esos mismos años y los esfuerzos de los patrones y de las autoridades de la vecina provincia por

evitar que la mano de obra local migrara a la zafra lo hayan limitado, agudizando la escasez relativa de trabajadores en los fundos cañeros e ingenios tucumanos.

Por otra parte, el proceso de proletarización y de disciplinamiento que promovió la coacción debe haber modificado pautas culturales, hábitos y expectativas de los sectores populares, haciendo aumentar la valoración subjetiva de la renta. Es posible afirmar, en consecuencia, que éste fue también uno de los elementos que actuaron en favor de la abolición de la coacción laboral, que sobrevendría en 1896, y también que, en cierto sentido, dicha abolición puede interpretarse como un indicio de su éxito relativo. Abona la hipótesis de que el fuerte aumento de los salarios entre 1888-1891 estaría relacionado con una mayor predisposición patronal a conceder incentivos monetarios para incrementar la cantidad de brazos, en un periodo de baja conflictividad social, comparado, por ejemplo, con 1884, año en el que, según los datos de que se dispone, se habrían declarado con particular intensidad movimientos huelguísticos en ingenios y fincas cañeras (Campi, 2004:118).

En suma, la coincidencia de un pico expansivo de la actividad, un incremento de los ingresos reales de los trabajadores y la crisis del sistema legal coactivo fueron producto de una conjunción de factores estrechamente vinculados: condiciones de mercado y marco institucional favorable al desarrollo de la agroindustria; una mayor elasticidad de la oferta de brazos; una mayor predisposición del sector patronal para apelar a los incentivos monetarios antes que a las tradicionales recetas coactivas; la persistencia de las conductas refractarias de los trabajadores a la coacción laboral (Campi, 2004:127).

### *3.4 Las respuestas de los trabajadores*

Entre los objetivos perseguidos por los sectores dominantes y los logros efectivos de disciplinamiento y proletarización de la masa laboral –cuyas herramientas básicas fueron la aplicación de una legislación coactiva y de un salario de tipo “arcaico”–, mediaron una serie de factores entre los que la conducta de los trabajadores no resultó ser una variable menor.

En un pionero estudio de Manuel García Soriano de los años sesenta, este historiador ya reparaba en las formas de resistencia de los peones a los intentos de los patronos de inmovilizarlos:

“La fuga de peones continuaba, la cárcel se llenaba de peones deudores y, por otra parte, muchos propietarios ocultaban en sus fundos a

jornaleros fugados, deudores de otros patrones (...) La ley de conchabos (de 1888) provocó una resistencia general de parte de los jornaleros de la provincia y de algunos espíritus progresistas que la criticaron duramente. A pesar de la energía con que se aplicó la ley, llenándose la cárcel de jornaleros y mujeres de servicio, muchos encontraron la manera de violarla, obteniendo, por favor, libretas de conchabo otorgadas por peones ficticios". (García Soriano, Manuel, 1960:16, 23, 24)

Posteriormente, la historiografía indagó, desde distintas perspectivas y con diferentes abordajes, las conductas de los trabajadores frente al sistema coactivo. Emergió, entonces, el complejo mundo de estrategias de resistencia desplegadas por las peonadas que distaron mucho de la imagen de clases pasivas y sin alternativas ante las duras condiciones de trabajo impuestas por la "oligarquía azucarera", tal como las describieron algunos autores.

Una lectura diferente de la realidad laboral de fines del siglo XIX revela que, una vez proletarizado el segmento de asalariados defendió con tenacidad su derecho de vender libremente su fuerza de trabajo en el mercado, derecho retaceado por los sectores dominantes. Era un mercado compartimentado y totalmente condicionado en su funcionamiento por la coacción, pero que se unificó y amplió, paulatinamente, por el mecanismo de las fugas. Estas últimas encarecieron el sistema de control (Campi, 2002:337). Las fugas eran algo más que simples actos individuales. Constituían verdaderas manifestaciones de disconformidad y protesta de carácter casi colectivo; un eficaz mecanismo para negociar y obtener mejores salarios y condiciones de trabajo; de castigar a sus patrones o de tomar –por cuenta propia– lo que consideraban trabajo no retribuido (Campi, 2002:338). De este modo, los mecanismos implementados para evitarlas y para perseguir, capturar y devolver a los fugados a sus patrones resultaron demasiado costosos para algunos sectores de la élite; desproporcionadamente altos con relación a sus cada vez más inciertos beneficios. No se trataba solamente de los costos de los sistemas de control y represión -estatales y privados-, en nada despreciables; ni de las grandes pérdidas ocasionadas por las fugas de peones fuertemente endeudados. Era la misma productividad del trabajo la que se veía afectada y ello no podía sino hacer ver a muchos la verdad incontrastable del superior rendimiento del trabajador libre de todos los mecanismos coactivos que caracterizaron al mundo del trabajo en Tucumán -y en el resto de las provincias argentinas en el siglo XIX. (Campi, 1993:64)

La resistencia a las normativas de control social de las élites se manifestó también a través de alborotos y "desacatos a la autoridad", producidos



frecuentemente en el marco de las fiestas y reuniones populares. Este tipo de desórdenes aumentó mucho más que la población en términos relativos y lo hizo, en rigor, al impulso de la proletarización, que no suavizó en las masas el carácter “levantisco” y “escandaloso” a que hacen referencia los documentos de la época (Guy, Donna, 1978:141).

Junto con el recurso de las fugas y los desórdenes, los trabajadores tucumanos manifestaron su disconformidad y rebeldía por medio de sabotajes (atentados contra máquinas), incendios de cañaverales, sublevaciones, amotinamientos y huelgas. Sobre estas últimas hay más evidencias. Algunas se trataron más bien de conatos, abortados con la sola detención de quienes encabezaban el movimiento; otras, terminaron en violentos enfrentamientos.

En este convulsionado universo social de fines del siglo XIX no sólo se enfrentaban los intereses de los patrones y de los asalariados, las tensiones revelan dos visiones contrapuestas sobre las formas de negociación de la relación laboral. Para los sectores dominantes todo movimiento de protesta colectivo era considerado una sublevación y debía reprimirse enérgicamente, dado el derecho que consideraban tener sobre los trabajadores. En consecuencia, muchos conflictos tuvieron desenlaces violentos. Por otra parte, las peonadas no dudaban en hacer frente a las fuerzas policiales, y obtuvieron éxitos momentáneos en ciertas “pruebas de fuerza”, aunque sabían que, a la larga, serían derrotados.

¿Hasta qué punto estos movimientos de protesta fueron espontáneos? En una época en la que aún no habían surgido en la provincia la más elemental forma de asociación entre trabajadores rurales, cabe preguntarse si existió algún tipo de coordinación entre ellos. Sólo se cuenta con algunos indicios de la existencia de personajes “promotores” de conductas “antisociales” que alentaban sentimientos de disconformidad y rebeldía entre las masas; sin embargo, no alcanzan para afirmar que se trataran de movilizaciones organizadas ni coordinadas en busca de reivindicaciones de clase.

#### **4. El mundo del trabajo urbano**

El aumento poblacional que se registró en este período se combinó con procesos de modernización y urbanización que se plasmaron especialmente en la capital provincial. Allí se establecieron nuevos bancos (el de San Juan y el de la provincia de Tucumán) y novedosos medios de comunicación –el telégrafo, en 1873, la empresa de teléfonos en 1880 y, sobre todo, el ferrocarril, en 1876, que cambió notablemente el aspecto de la ciudad y fomentó la conformación de

nuevos sectores urbanos en los alrededores de las estaciones ferroviarias. Estos avances que anunciaban un “progreso” y “modernidad” hasta entonces desconocida se completaron con la construcción de bulevares durante la década de 1880, la apertura de calles en el área urbana, la instauración del alumbrado eléctrico y, más tarde, en 1898, la implementación del sistema de agua corriente (Teitelbaum, 2015:124-125). Ese adelanto, empero, no se extendía por igual en toda la ciudad, ya que fue en el área central de la urbe, espacio habitado principalmente por familias de las elites, donde la edificación fue casi completa y se instalaron también los servicios públicos como el agua potable y los adelantos tecnológicos como la luz eléctrica. El resto de la ciudad, habitado mayoritariamente por las clases trabajadoras sufría, en cambio, los perjuicios ocasionados por la insalubridad y el hacinamiento habitacional derivados de la completa ausencia de servicios públicos y la precariedad de las viviendas (Bravo y Teitelbaum, 2009, pp. 67-87).

#### *4.1 Asociacionismo y mutualismo*

Tal como adelantáramos en el apartado anterior, la industrialización basada en la especialización azucarera modificó notablemente la fisonomía tucumana y reveló dos facetas contrastantes: el crecimiento demográfico, la modernización de la infraestructura urbana y el desarrollo económico, frente a una “miserable” clase trabajadora sujeta a duras condiciones laborales signadas por largas jornadas, bajos salarios y numerosos accidentes de trabajo. Este panorama descripto para los trabajadores rurales no difería demasiado del de sus pares de la ciudad. El paisaje urbano tucumano también se transformó al ritmo del crecimiento de la industria azucarera, la instalación de ingenios en los alrededores de la ciudad capital y el consecuente incremento demográfico (por el aporte de migrantes transitorios y el de inmigrantes europeos que incrementó en un 96% la población urbana entre 1869 y 1895), lo que habría repercutido negativamente en las condiciones de vida de los trabajadores urbanos, según señala Vanesa Teitelbaum en sus estudios sobre el mundo del trabajo urbano en Tucumán a fines siglo XIX. (Teitelbaum, 2009: 42).

En este contexto se emprendieron los primeros movimientos de trabajadores que, en busca de mejorar su calidad de vida, se organizaron –entre fines de 1880 y comienzos de 1890– en sociedades de ayuda mutua, con el fin de

socorrer a sus miembros ante necesidades y contingencias de la vida. El período de mayor formación de mutuales en Tucumán se dio entre 1877 y 1899. Algunas estaban formadas por trabajadores del mismo oficio, otras con socios “obreros” sin distinción gremial y otras con trabajadores, pequeños propietarios e, inclusive, empresarios. Ya en 1871 el Código Civil estableció los lineamientos a seguir para obtener la personería jurídica entre los que figuraban la existencia de reglamento, capital y bienes para ser reconocida oficialmente como asociación civil. Se sostenían con el pago de cada uno de los asociados y sus funciones apuntaban fundamentalmente a la atención de la salud, cobertura de sepelio y ayuda económica en caso de desempleo. Como en este período los poderes públicos no contemplaban la atención de la cuestión laboral, estas asociaciones –surgidas en el seno de la sociedad civil– contribuyeron a mejorar la calidad de vida de los trabajadores.

La primera mutual erigida en la ciudad de Tucumán fue la Sociedad Argentina de Socorros Mutuos. Creada en 1877 por obreros argentinos proveía a sus socios de asistencia en salud (médico, botica, entierro) y una profusa actividad social y cultural (veladas literarias y musicales, bailes, festejos del centenario). Lograron disponer de edificio y panteón propio. Otro grupo de mutuales surgieron del asociacionismo de inmigrantes y dieron origen en 1868 a la Sociedad Extranjera de Socorros Mutuos (comerciantes italianos); en 1878 la Sociedad Española (comerciantes y artesanos españoles y argentinos) y la Sociedad Italiana (comerciantes y artesanos) y en 1883 la Sociedad Francesa. Posteriormente aparecieron las mutuales creadas a partir de oficios como la Sociedad Protectora y Socorros mutuos de Panaderos (1899) y la Sociedad Unión Tipográfica (1893). Esta última de gran prestigio y un abundante repertorio de actividades educativas, sociales y culturales que incluyó la lucha gremial, como analizaremos más adelante.<sup>10</sup>

El Centro Católico de Obreros, creado en 1895 por el padre dominico Ángel Boisdrón, traspasó al movimiento mutualista. Su objetivo era defender y promover

---

<sup>10</sup> No sólo en la ciudad Capital se desarrollaron centros de socorros mutuos. En el interior de la provincia surgieron –en 1899– centros de trabajadores como el Centro de Socorros Mutuos de Aguilares y el de Monteros que, inspirados en los principios del mutualismo, lograron los objetivos propuestos en sus estatutos fundacionales: mejorar las condiciones de vida de artesanos, moralizar la clase obrera, alcanzar la protección recíproca de los asociados, alcanzar el “bien común”.

el bienestar material y espiritual de la clase obrera en oposición a la “funesta propaganda socialista”. Así, asumió una amplia labor de socorros mutuos en caso de enfermedad, promoción de la educación primaria, clases nocturnas para adultos, incentivos para aperturas de cajas de ahorro, agencias para conseguir trabajo, dictado de conferencias sobre temas morales y cívicos, etc. El catolicismo miró con simpatía al mutualismo, en tanto su presencia en el mundo del trabajo contribuía a fortalecer el ideal de la armonía de clases. En tal sentido, los católicos procuraron avanzar en el terreno organizativo de los trabajadores a través de la formación de sociedades mutuales y círculos obreros, cuyo norte era alejar a los trabajadores del socialismo y las acciones colectivas, como la huelga, y contribuir a la conciliación de clases. En tal sentido, inspirados en la Encíclica *Rerum Novarum*, que condenaba tanto al socialismo como al capitalismo y apostaba por la reconciliación social. Para los católicos el mejoramiento de la condición económica de los obreros era la consecuencia de su desarrollo moral, lo que suponía el apego a los preceptos del catolicismo, y ubicaba a los trabajadores lejos de toda confrontación social y en estrecha armonía con sus patrones. El mutualismo católico, síntesis de los deseos de conciliación social, apeló a las conferencias como una estrategia para promover la adhesión de los trabajadores a los principios de la moral cristiana, los deberes cívicos, así como el rechazo al socialismo y la huelga como influencias nocivas para la moral y la economía de los trabajadores (Bravo-Teitelbaum, 2009, pp. 70-74).

Como contrapartida de este último, en 1897 se fundó el Centro Cosmopolita de trabajadores que nucleaba a tipógrafos, panaderos, carpinteros, cocheros, sastres y zapateros, entre otros, y adhería abiertamente al socialismo y al anarquismo. En su afán de “protección mutua” crearon una cooperativa de consumos para obreros, una escuela para niños pobres, un salón de lectura y una biblioteca. Su accionar trascendió lo meramente asistencial y desarrollaron, también, una intensa militancia política incentivando a los obreros a la participación en elecciones, organizando asambleas para debatir propuestas y candidatos para la política provincial. En definitiva buscaron construir una militancia obrera, creando un espacio de discusión de las demandas a patrones y al poder político provincial y municipal, a tal punto que apoyaron al socialismo en

las elecciones municipales de 1901. Apoyaron también protestas y huelgas de gremios como el de cocheros en 1903. Su programa incluía reclamos laborales como el cierre de las casas de comercio los días festivos, reglamentar el trabajo de menores de 14 años, higienizar las casas de inquilinato y establecimientos fabriles, entre otros. A diferencia de otras fiestas populares tradicionales (carnaval, riña de gallos, paseos) el Centro Cosmopolita brindaba a través de sus eventos (fiestas, conferencias, veladas) una propuesta de entretenimiento, sociabilidad y cultura orientada a instruir y concientizar a los trabajadores en la importancia del compromiso y la lucha obrera (Teitelbaum, 2011d : 166).

Una práctica frecuente en el mundo asociativo del novecientos fueron las veladas literario-musicales que organizaban los centros obreros, las mutuales y los gremios con el fin de recaudar fondos para su caja social, conmemorar eventos fundamentales de la vida de la institución, recordar efemérides patrias o evocar sucesos sobresalientes del calendario obrero. En una sociedad que asignaba un valor fundamental a la difusión de la propaganda, la educación y la cultura mediante la lectura en voz alta y las conferencias, los integrantes y los dirigentes asociativos pusieron en marcha numerosas fiestas compuestas por discursos y disertaciones a cargo de dirigentes obreros y líderes del mundo asociativo. Además, las fiestas incluían piezas teatrales, poesías y numerosos entretenimientos como rifas y bailes (Teitelbaum, 2014:285).

Dentro del repertorio de estas prácticas se destacaron las conferencias que abordaron un amplio y heterogéneo conjunto de temas relacionados con la cuestión social, el valor de la ciencia, la organización obrera, la democracia y el socialismo. En ocasiones, estas charlas versaron sobre problemas específicos del mundo del trabajo tucumano como la explotación de los trabajadores en los ingenios azucareros. Por lo general, tales disertaciones se realizaban en el contexto de las fiestas obreras que incluían, también, obras de teatro, poesías, himnos revolucionarios y concluían con un baile que atraía a los trabajadores y sus familias.<sup>11</sup>

A su vez, el Centro Cosmopolita de Trabajadores sirvió como un espacio de reunión de sociedades mutuales y gremiales que utilizaron su local para desarrollar sus asambleas y veladas culturales y sociales. Ejemplo de lo anterior

---

<sup>11</sup> Un ejemplo de estas actividades fue la velada literaria que en 1901 encabezó el Centro Cosmopolita de Trabajadores, oportunidad en la que niños recitaron poesías, se pronunciaron discursos sobre la doctrina socialista y acerca de la vida poco humana que enfrentaban los peones en algunos ingenios azucareros (Teitelbaum, 2014:285).

fue el festival que en 1903 encabezó la asociación de socorro mutuo que reunía al gremio de los tipógrafos, la sociedad Unión Tipográfica, con conferencias sobre propaganda obrera y temas de actualidad. El evento, como era usual, terminó con un baile.<sup>12</sup>

Hacia 1905 –tras una serie de tensiones y enfrentamientos internos entre anarquistas y socialistas en la conducción del Centro– se disolvió este espacio que contribuyó en el entresiglo a estimular la conformación de una cultura e identidad obrera basada en los principios del valor del trabajo, el acceso a la educación y a la cultura, las prácticas asociativas y cívicas, la “lucha de clase”; la participación política, la movilización y la protesta.<sup>13</sup>

Exceptuando al Centro Cosmopolita de Trabajadores, las asociaciones mutuales o de socorros mutuos forjadas en Tucumán entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, fueron promovidas por el Estado y vistas con bastante recelo por el anarquismo y el socialismo, ya que poco tenían que ver con demandas específicas de trabajadores. Sus propósitos defensivos, el apoyo de las autoridades y la falta de definición de clase les quitaron, de alguna manera, eficacia a la hora de la protesta. De allí que la nueva historiografía vea en el mutualismo una faceta inicial, pero no menos importante, del proceso de conformación del movimiento obrero. Su potencialidad residió en crear e incentivar prácticas (ahorro, autonomía, solidaridad) que contribuyeron a construir una identidad y cultura obreras. Pero a comienzos del siglo XX, con el decidido avance del socialismo y el sindicalismo de resistencia, estas asociaciones mutuales no desaparecieron pero sufrieron un lento y paulatino retroceso frente al crecimiento de las asociaciones gremiales (Teitelbaum, 2011c:668-670).

#### *4.2 Asociaciones gremiales de resistencia*

---

<sup>12</sup> Cabe destacar el papel desempeñado por el oficio tipográfico en las prácticas de los trabajadores de la época. Las actividades motorizadas por los tipógrafos adquirieron notoria influencia y se revelaron en un abanico de expresiones orientadas a estimular la educación, la sociabilidad y la cultura de sus miembros a través de proyectos para crear bibliotecas y fundar periódicos, como *El Eco del Obrero*, órgano de expresión de la asociación tipográfica en Tucumán (Teitelbaum, 2014:286).

<sup>13</sup> Heredero de la tradición del Centro Cosmopolita, en 1905 comenzó a funcionar el Centro Socialista que también actuó como un ámbito de reunión de gremios y mutuales de trabajadores y fue el lugar elegido para sus actividades asociativas.

Impulsados por los dirigentes y militantes del Centro Cosmopolita de Trabajadores en el universo laboral tucumano se forjaron, además de mutuales, centros, gremios y sociedades de resistencia. En especial, al despuntar el novecientos el mundo del trabajo experimentó un notable crecimiento del fenómeno asociativo impulsado por la agremiación de los trabajadores. Peluqueros, cocheros, mozos de hoteles y confiterías, carpinteros, panaderos y herreros, entre otros, formaron sus gremios, al tiempo que algunas asociaciones gremiales, como la de Albañiles y Anexos, y la de Obreros Sastres anunciaban su funcionamiento también como sociedades de resistencia.<sup>14</sup> Por ejemplo, en junio de 1901 se creó la sociedad gremial de Obreros Sastres quienes estipularon claramente en los artículos 3° y 4° de su reglamento este espíritu de solidaridad y resistencia al que estamos haciendo referencia:

“3° Tutelar los intereses de los socios en las controversias del trabajo, cuando estas resulten legítimas y equitativas.

“4° Coadyuvar con los medios pecuniarios y morales a su alcance cuando se produzcan en el gremio, agitaciones de las denominadas manifestaciones y huelgas, siempre que se relacionen con la justa reivindicación del trabajo”.<sup>15</sup>

De este modo, entre 1902 y 1905, las resistencias y las manifestaciones esporádicas daban los tonos de la protesta en el mundo del trabajo, los conflictos se reflejaban, por ejemplo, en eventuales enfrentamientos de los obreros con sus patrones o capataces y en el abandono de labores sin asumir necesariamente la forma de una huelga (Teitelbaum, 2011d: 157). Las malas condiciones de vida y el duro régimen de trabajo, empero, hicieron las veces de combustible para encender los movimientos de protestas que desembocaron en manifestaciones y huelgas por parte de los principales gremios de trabajadores urbanos tucumanos.

---

<sup>14</sup> La preocupación por la organización y condiciones laborales de las mujeres fue una cuestión que también involucró a católicos y socialistas. En este sentido, en 1898 la creación de la Sociedad de Socorros Mutuos de Mujeres, bajo la tutela del Centro Cosmopolita; en 1899 la fundación de la Sociedad Obrera del Santísimo Nombre de Jesús y la aparición de la Unión Gremial Femenina en 1904, que ese mismo año alentó la protesta de las cigarreras, revelan la proyección del movimiento asociativo y expresan la preocupación de católicos y socialistas por involucrarse en la organización de las mujeres trabajadoras.

<sup>15</sup> Reglamento de la sociedad gremial Obreros Sastres, 1902 (Cit. por Teitelbaum, 2015: 129)

En efecto, el desplazamiento y reemplazo del Centro Cosmopolita de trabajadores por el Centro Socialista generó un nuevo espacio con funciones semejantes al de su antecesor pero, a diferencia del primero, lideró las expresiones de protesta de los trabajadores, promovió la organización obrera y estimuló la participación en la vida electoral desde la asociación explícita al socialismo (Teitelbaum, 2014:187)

Entre 1890 y 1910 es posible identificar la etapa formativa del movimiento obrero en la provincia. En este periodo los reclamos giraron –en términos generales– en torno a las problemáticas de la mejora de los salarios, la disminución de la jornada laboral, el rechazo del vale y el respeto al descanso dominical. El estado en que se encontraban las clases obreras tucumanas a comienzos de la centuria, explican gran parte de estos reclamos. En su Informe sobre el Estado de las clases obreras en Argentina, Biale Massé<sup>16</sup> recogió las siguientes imágenes de su recorrido por los talleres mecánicos de la ciudad:

“Trabajan en él ocho operarios –dos tucumanos de treinta años, uno gana 3 pesos por día y el otro 2 con 50 centavos, y un suizo de veintinueve que gana 3.–. Los otros son: un niño de doce años analfabeto, dos de trece años con instrucción, uno de quince años y uno de dieciséis, analfabetos: trabajan de sol a sol, sin intervalos, con una hora para comer á medio día; los domingos hasta las 11; y ganan 10 pesos al mes (...) ¿Esto es humano? Ni en apariencia (...) Y así recorro ocho talleres, todos peores; ¡Y qué fuerzas las de esos operarios! Fuerzas de mujer, fuerzas de hambre y de vicio”.<sup>17</sup>

Impresionado por las condiciones de explotación laboral en que se encontraban estos obreros, Biale Massé recurrió a las organizaciones que nucleaban a dichos trabajadores:

“Me voy a la Sociedad Cosmopolita de Obreros y allí les pregunto si todo es igual. El trabajo particular más o menos es todo así; la explotación del niño es la base; el buen obrero se va á los ferrocarriles y á los ingenios; quedan los inservibles y borrachos; pero hay talleres buenos también”.<sup>18</sup>

---

<sup>16</sup>Joaquín V. González, Ministro del Interior de la segunda presidencia de Julio A. Roca, encomendó a Juan Biale Massé (por decreto del 21 de Enero de 1904) la confección de un informe sobre el estado de las clases obreras en el interior del país, lo que evidencia una auténtica preocupación de los sectores dirigentes de la época por la nueva problemática social.

<sup>17</sup> Biale Massé, 1904:207.

<sup>18</sup> Biale Massé, 1904:206



En este contexto, la Sociedad Obrera de Panaderos –que nucleaba a más de 300 trabajadores– inició, en el año 1900, uno de los reclamos con mayor difusión y organización en el medio urbano. El estallido se debió a la negativa de los patrones de acordar un convenio por aumento de salario y mejores condiciones de trabajo. La huelga duró dos semanas y si bien su resultado fue favorable para los trabajadores, las condiciones de trabajo y explotación no parecen haber mejorado para todos. La situación de los trabajadores de panaderías que reflejó Biale Massé en su informe de 1904 era bastante ambivalente:

“Recorro las panaderías; hay de todo, no se sigue una costumbre uniforme, cada cual se gobierna á su modo. En una encuentro todo sucio, los pisos de ladrillos rotos, casi negros; el obrador oscuro, la higiene más detestable (...) Trabajan catorce horas (...) La disciplina deja mucho que desear (...) No hay descanso dominical. Pero esa tarde tengo una gran satisfacción: encuentro algo que se puede presentar como un modelo: la panadería de Martínez Hermanos (...) Tiene diecinueve obreros (...) el trabajo efectivo es de ocho horas y media como máximo (...) Todos los obreros de la casa saben leer y escribir, menos seis que están inscriptos en la escuela, exigiéndoseles asistencia (...) Se les permite comer pan, y cuando salen del trabajo se les permite llevar un kilo para su familia (...) La higiene es completa; ventilación, limpieza, amplitud y luz (...). Todas las panaderías de Tucumán están entre estos dos extremos”.<sup>19</sup>

Producto de este clima de movilización y protesta algunas sociedades de ayuda mutua modificaron sus reglamentos y se transformaron en asociaciones gremiales (Tipógrafos en 1902, Panaderos en 1903) a partir de las cuales se inició un proceso de movilización obrera que derivó en una serie de huelgas en reclamo, principalmente, de incrementos de salarios, pago de sueldos adeudados, disminución de la jornada laboral y el abandono del uso del vale como forma de pago (ver Tabla N° 9 en Anexo).

Otra de las demandas laborales más requeridas durante el siglo XX fue el reclamo por el descanso dominical. En 1902, los peluqueros primero, y los dependientes de comercio, después, fueron quienes motorizaron desde comienzos del novecientos protestas para alcanzarlo. Apoyados desde la prensa –especialmente por el diario *El Orden*– lograron con éxito una ordenanza municipal

---

<sup>19</sup> Biale Massé, 1904:211.

sobre cierre dominical que contemplaba multas a infractores. A los reclamos iniciales de la ciudad capital se fueron sumando otras jurisdicciones –como Lules, por ejemplo– y villas de campaña para ampliar la disposición más allá de la capital donde “la tiranía del mostrador” era aún peor.<sup>20</sup>

Los accidentes de trabajo movilizaron también a los trabajadores urbanos. En 1902 el Centro Cosmopolita organizó un meeting para solicitar apoyo de diputados nacionales de Tucumán al proyecto de Ley sobre accidentes de trabajo que se estaba debatiendo en el Congreso Nacional.

Completando este panorama de movilización y protesta obrera, a los movimientos gremiales antes mencionados se sumaron la huelga de Albañiles de 1902; la de obreros de la pavimentación y la de cocheros en 1903; la de cigarreras (asociación gremial femenina) y ferrocarrileros en 1904 (ver Tabla N° 9 en Anexo).

A partir de 1904 se elevaron los niveles de conflicto en consonancia con la coyuntura de discusión parlamentaria nacional sobre leyes laborales y, a los reclamos por derechos laborales, se sumaron nuevos referidos a la solidaridad obrera para conseguir justicia frente a los atropellos de la patronal (especialmente en los ingenios). Sin duda, fue la huelga azucarera de 1904 el conflicto de mayor envergadura que marcó un punto de inflexión en la historia de los trabajadores tucumanos. Tras la mediación del gobierno lograron la abolición del vale y un aumento generalizado de salarios tanto urbanos como rurales. Desde la mirada socialista del momento, esta huelga comenzó a modificar las relaciones de clases y la conciencia del proletariado (Teitelbaum, 2011d:159). De allí que sea ese año el que marca el corte temporal de análisis de este capítulo.

Entre 1897 y los primeros años del siglo XX, se produjo, entonces, lo que algunos autores denominan la etapa formativa del movimiento obrero en la provincia. Etapa caracterizada por la gestación y actuación de centros que integraban a militantes anarquistas y sobre todo a socialistas (Centro Cosmopolita de Trabajadores y Centro Socialista), ámbitos que coordinaron el grueso de las demandas de los gremios y se constituyeron en protagonistas y dirigentes de las numerosas protestas de trabajadores. Posteriormente, las sociedades gremiales de resistencia asumieron un papel activo orientado a mejorar las condiciones de trabajo. Así, el recurso de la huelga puede ser leído como un rasgo característico

---

<sup>20</sup> Pero los trabajadores tucumanos tendrán que esperar hasta 1907 la sanción de una Ley específicamente laboral del poder ejecutivo provincial (Ley 923) que estableció el derecho de descanso dominical para un segmento del mundo del trabajo

de los gremios, entendidos como instituciones idóneas para fomentar el adelanto de los trabajadores. En efecto, organizadas a partir del oficio, las sociedades gremiales canalizaron sus esfuerzos en conseguir mejoras favorables al sector.

## **5. Las respuestas del Estado**

En consonancia con el incremento de la protesta obrera, los asuntos vinculados con las condiciones de vida y de trabajo en Tucumán cobraron mayor relevancia en las discusiones de funcionarios, médicos, dirigentes políticos, religiosos y gremiales, quienes abogaban por elevar el nivel de vida de los trabajadores. Dentro de estas propuestas ocupó un lugar destacado la prédica higienista que adquirió relevancia hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX y fue considerada la voz autorizada para diagnosticar y proponer iniciativas relativas a mejorar la salud de la población trabajadora, especialmente de las mujeres y los niños. Esta preocupación se combinaba con el interés por atender aspectos relacionados con las condiciones de higiene y salubridad de los obreros en los hogares, las fábricas y demás espacios laborales, tema que concitó el interés no sólo de los higienistas sino también de otros actores destacados en la época, como la prensa que proyectó y difundió una sostenida campaña a favor de la construcción de casas “higiénicas” para los trabajadores (Teitelbaum, 2009:41).

“El estado actual de las habitaciones de obreros produce los más tristes efectos en cuádruple punto de vista higiénico, moral, económico y político. Todo lo que es necesario para la vida, el aire, el sol, el espacio, falta a esos alojamientos; en cambio poseen todo lo que es dañoso a la salud. Una atmósfera viciada por emanaciones tan peligrosas como variadas [...] Son nidos de dolor, de tisis, de tuberculosis [...] las epidemias nacen y se desarrollan como por encanto y estos miserables tugurios se convierten en focos de infección que amenazan a la población entera. En Tucumán se ha comprobado que la peste bubónica, el sarampión, las fiebres intestinales graves, tienen su teatro familiar en unas cuantas manzanas del norte, donde está hacinada la población obrera en conventillos indescritibles. Una estadística del Dr. Bertillón establece que los distritos de París que encierran los alojamientos más insalubres son precisamente donde la mortalidad es más elevada. El obrero necesita más que nadie aire puro para reparar sus fuerzas y mantener su salud lisiada, día a día, por un trabajo largo y a veces penoso”.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Nota del Diario El Orden, 15/06/1906, p. 1. (Citado por Teitelbaum, 2009:56)

Tal como lo describe la cita anterior, las condiciones de vida, de trabajo y de higiene evidenciaban serias deficiencias, especialmente graves en algunas zonas de la urbe, habitadas mayoritariamente por las clases populares. La precariedad de las viviendas, la ausencia y/o insuficiencia de servicios públicos e infraestructura sanitaria agudizaban las dificultades materiales para satisfacer las necesidades básicas en estos sectores sociales, que enfrentaban, a su vez, duras condiciones laborales –exiguos salarios, extensas jornadas de trabajo, inestabilidad, accidentes frecuentes– (Fernández, 2013).

De este modo, poco a poco, y en respuesta al contexto de movilización y protesta frente a las malas condiciones de vida y de trabajo, comenzaron a modificarse las percepciones de algunos sectores influyentes de la sociedad sobre el papel que debía cumplir el Estado ante el problema social.<sup>22</sup> El nacimiento de la “cuestión social”, como problema que requería la atención de los poderes públicos, fue acompañado con esfuerzos realizados para describir y explicar sus múltiples aristas.

En Tucumán, donde las discusiones sobre las condiciones de existencia de los trabajadores y sus derechos sociales y políticos eran frecuentes (de lo que dan cuenta los debates y controversias en torno a la legitimidad de las leyes de conchabo), ese tipo de estudios emergieron en la década de 1890. Puede considerarse a 1892 como una fecha paradigmática, pues en ese año se dieron a conocer dos trabajos de similar contenido, uno autoría de Julio P. Ávila (*Medios prácticos para mejorar la situación de las clases obreras*) y otro de Manuel Pérez (*Las clases obreras. Medios prácticos para mejorar la situación de las mismas*) (Campi y Vignoli, 2016). Las ideas de Ávila expresan un verdadero punto de inflexión en la materia, toda vez que el pensamiento dominante en la época sólo ponía énfasis en la necesidad de disciplinar y moralizar a los trabajadores. En ese sentido, su obra habría sido la primera manifestación en el pensamiento social tucumano de las tendencias filantrópicas que emergieron en la Argentina a fines del siglo XIX y comienzos del XX, las que se manifestaron con nitidez en la gestión del gobernador Lucas Córdoba (Campi, 2005).

La relevancia de la cuestión social fue tema de debate y discusión en uno de los espacios de sociabilidad cultural más destacados de la ciudad, la Sociedad Sarmiento,<sup>23</sup> cuyos salones “se convertirían por esos años en una especie de

---

<sup>22</sup>)

<sup>23</sup> Asociación creada a principios de la década de 1880, compuesta por sectores medios urbanos a los que posteriormente se sumaron miembros de la élite social y económica; que jugó un papel

tribuna de políticos, de intelectuales de renombre o de referentes de la iglesia católica que comienzan a ocuparse con cada vez mayor asiduidad de la problemática” (Vignoli, 2015, p. 92).

Sin abandonar completamente la impronta paternalista moralizadora y liberal que los había mantenido distantes de estos tópicos, fue abriéndose paso una mirada que clamaba por un papel más activo de las autoridades en este terreno. La prensa fue otra de las vías de canalización de este reclamo cuando afirmaba que “Tucumán necesita una edificación especial, destinada a la gente trabajadora, y sería necesario que los que están en condiciones de hacerlo, trataran de subsanar en lo posible esta deficiencia”.<sup>24</sup>

En este sentido, la prédica higienista y su difusión a través de la prensa tuvieron un fuerte impacto en la conformación de las primeras medidas de política social en Tucumán en los años del tránsito entre dos siglos. En primer lugar, la preocupación se centró en la situación de las mujeres trabajadoras y sus hijos, la que llevó a los médicos higienistas a contemplar el problema de la maternidad en los sectores populares. Estos profesionales abogaron, entonces, por el establecimiento de medidas protectoras del trabajo femenino, en particular, leyes de descanso antes y después del parto, asistencia médica a madres e hijos y creación de instituciones como guarderías y cantinas maternas.<sup>25</sup> Estas últimas cumplirían un importante rol en la sociedad al fomentar una población sana, previniendo las enfermedades de los recién nacidos y sus progenitoras con alimentos higiénicos. Desde diferentes escritos –informes, artículos, libros– indicaban la responsabilidad del Estado en la protección y formación de ciudadanos “sanos”, “laboriosos” y “patrióticos” y, por lo tanto, exhortaban a los poderes públicos a intervenir en esta tarea mediante el respaldo económico y el marco legal necesario. Estos reclamos obtuvieron una respuesta parcial por parte de las autoridades recién en 1907, cuando se proyectaron las primeras leyes para reglamentar “el trabajo y la salubridad en las fábricas y especialmente el trabajo de las mujeres y los niños”.

En segundo término, los higienistas se preocuparon por la vivienda obrera. “Insalubres, sucios y precarios, los hogares de los sectores populares concentraban todos los peligros y perjuicios capaces de atraer y fomentar

---

relevante en la cimentación del sentimiento cívico y patriótico de la población y vertebró las prácticas culturales e intelectuales de toda una generación, de la que formaron parte Julio P. Ávila y Manuel Pérez, entre otros. (Vignoli, 2015)

<sup>24</sup> El Orden, 27/03/1906, p. 1. (Citado por Teitelbaum, 2009:59)

<sup>25</sup> Eliseo Cantón, 1913: pp. 36-38 y Aráoz Alfaro, op. cit., p. 11.

enfermedades, vicios e incluso delitos” (Teitelbaum, 2009:54). Según esta consideración, compartida en gran medida por reformadores sociales de diversa extracción, empresarios, médicos e higienistas, se trataba de un tema crucial que se debía atender y resolver en aras de evitar el contagio, la inmoralidad y el desorden en una sociedad que pretendía enmarcarse en los cánones del progreso, la civilización y la modernidad. El discurso basado en la higiene y la salud adquiría un valor central en estas miradas que, no exentas de descalificaciones, miedos y prejuicios sobre los grupos populares, proponían la edificación de casas para los trabajadores.

En este sentido, la prensa alcanzó un lugar relevante como promotora de un discurso que recogió y adaptó los postulados de la salud y la higiene para demandar respuestas por parte del Estado frente al problema de las habitaciones populares. Una de las primeras iniciativas gubernamentales al respecto partió del intendente de San Miguel de Tucumán en 1889, Ernesto Padilla, quien se interesó en fomentar estudios para edificar casas de obreros de acuerdo a las condiciones de aseo, higiene y comodidad necesarias. Sin embargo, poco se avanzó en ese terreno hasta la primera década del siglo XX.<sup>26</sup>

En síntesis, según el diagnóstico de la época, la problemática de los trabajadores en el entresiglo se encontraba signada por la desocupación, la jornada laboral excesiva, el problema inmigratorio, la carestía de vida, el alto precio de los alquileres, el aumento del costo de la canasta de consumo, la explotación del trabajo en los ingenios y la escasez de viviendas populares. En ese contexto, un conjunto heterogéneo de políticos de distinto signo, profesionales, periodistas y funcionarios del Estado buscaron fomentar el adelanto y bienestar de los trabajadores. En estos procesos ocuparon un lugar destacado las propuestas de médicos e higienistas, quienes reclamaron medidas oficiales encaminadas a resolver algunos de los principales problemas de salubridad e higiene que afectaban a los trabajadores. Se propusieron diversas iniciativas para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, de acuerdo con las ideas imperantes en la época. Es decir, focalizaron su interés en fomentar el cuidado de la

---

<sup>26</sup> El gobernador Luis F. Nougués en su mensaje a la legislatura en 1906 hizo referencia a la partida sancionada por los legisladores para fomentar la edificación obrera. Sobre esta base y la exención de impuestos por el término de diez años, que había estipulado una ley anterior, se pensaba satisfacer en una de sus facetas “más prácticas” las necesidades de las clases trabajadoras. De acuerdo con esta normativa, a mediados de 1907, el gobierno provincial aceptó la propuesta. En 1908 se hicieron los primeros proyectos del Departamento de Obras Públicas y se inauguraron las primeras viviendas para obreros (Teitelbaum, 2009:68).

salubridad e higiene en las habitaciones obreras y en los establecimientos laborales y prestaron especial atención a la situación de la mujer y los niños en el trabajo. Sin embargo, en el período abordado en este capítulo fueron escasos los avances en el terreno de la política social del Estado provincial. Habrá que esperar a la gran huelga de 1904 para que la reacción de las autoridades e instituciones públicas lleven a cabo medidas concretas y efectivas para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores tucumanos.

## **6. Conclusiones**

“El proceso de constitución de una masa laboral de asalariados que aconteció en Tucumán en las últimas décadas del siglo XIX fue complejo, pleno de tensiones y conflictividad. Las condiciones de existencia de decenas de miles de hombres y mujeres cambiaron drásticamente. Nuevas formas de utilización de la tierra, de los bosques, del agua, del tiempo; nuevas concepciones del trabajo, del descanso, de las recreaciones, de la religiosidad, intentaron ser impuestas por los sectores dominantes con la fuerza de la ley, el calabozo, el cepo y el trabajo forzado, lo que impactó traumáticamente sobre las costumbres y sistemas de valores de los contingentes humanos que ordenaban su vida en torno a los requerimientos productivos de cañaverales e ingenios” (Campi, 2002:316)

El mundo del trabajo urbano no difería demasiado. Expuestos a grandes deficiencias en materia de higiene y salud pública, los trabajadores de la ciudad enfrentaban también la dureza de los regímenes laborales caracterizados por la prolongada duración de la jornada laboral, los accidentes de trabajo y la inestabilidad o insuficiencia del salario, en un contexto signado por la falta de leyes sociales y laborales ante un Estado prácticamente ausente en estas materias.

En ese marco contrastante, en donde “progreso” y “modernidad” se entremezclaban y las iniciativas en el terreno de la salud pública, el trabajo y la vivienda eran demasiado incipientes, la sociedad ensayó algunas respuestas como el mutualismo o el asociacionismo gremial de resistencia, a través de los cuales se alcanzaron las primeras conquistas laborales como el descanso dominical, la disminución de las horas de trabajo y los aumentos salariales.

También desde el Estado, la prensa y asociaciones culturales como la Sociedad Sarmiento, se ensayaron respuestas frente a las condiciones de vida y laborales de los trabajadores tucumanos de fines del siglo XIX. Así, de la mano de higienistas, reformistas, liberales, católicos, socialistas y anarquistas, irrumpió la preocupación por la “cuestión social” que fue abordada desde diferentes perspectivas teóricas y propuestas de acción.

## 8. Bibliografía

Bolsi, Alfredo. D'arterio, Patricia (2001) *Población y azúcar en el noroeste argentino. Mortalidad infantil y transición demográfica durante el siglo XX*. UNT, 2001.

Bravo de Salim, María Celia (1989) "Introducción al estudio de la estructura ocupacional tucumana", *Breves Contribuciones del Instituto de Estudios Geográficos*, N° 6, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Tucumán.

Bravo, María Celia y Teitelbaum, Vanesa, "Socialistas y católicos disputando el mundo lostrabajadores. Protesta, sociabilidad y política en Tucumán (1895-1910)", *Entrepasados. Revista de Historia*, N ° 35, comienzos de 2009, Buenos Aires, pp. 67-87.

Campi, Daniel (1991) "Captación y retención de la mano de obra por endeudamiento. El caso de Tucumán en la segunda mitad del siglo XIX", *CICLOS En la historia, la economía y la sociedad*, Buenos Aires, p. 149 - 167

Campi, Daniel (1993) "Captación forzada de mano de obra y trabajo asalariado en Tucumán, 1856-1896". Anuario IEHS, Tandil, p. 47 - 71

Campi, Daniel; Bravo, María C. (1995) "La mujer en Tucumán a fines del siglo XIX. Población, trabajo, coacción", en Teruel, Ana (comp.) *Población y Trabajo en el Noroeste Argentino. Siglos XVIII y XIX*. UNIHR, Unju, Jujuy.

Campi, Daniel (1999) "Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes"; en Fernando Devoto y Marta Madero (directores); *Historia de la vida privada en la Argentina*. La Argentina Plural: 1870-1930; Tomo 2; Buenos Aires; Taurus.

Campi, Daniel (1999) "Notas sobre la gestación del mercado de trabajo en Tucumán (1800-1870)". En Gelman, J; Garavaglia, J.C; Zeberio, B; (comps.); *Expansión capitalista y transformaciones regionales*. Coedición La Colmena y Universidad del Centro de la Provincias de Buenos Aires; Buenos Aires.

Campi, Daniel (2000). "Economía y sociedad en las provincias del Norte". En Mirta Zaida Lobato (Compiladora) *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana

Campi, Daniel & Richard Jorba, Rodolfo (2001) "Un ejercicio de historia regional comparada. Coacción y mercado de trabajo. Tucumán y Mendoza en el



horizonte latinoamericano (segunda mitad del siglo XIX)", *História Económica & História de empresas*; San Pablo, Brasil, p. 97 - 130

Campi, Daniel (2002) *Azúcar y Trabajo. Coacción y mercado laboral. Tucumán 1856-1896*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

Campi, Daniel (2003) "Reglamento para los peones del Ingenio Bella Vista (1905). Introducción" *Estudios del Trabajo*, Buenos Aires, p. 105 - 109

Campi, Daniel (2004) "La evolución del salario real del peón azucarero en Tucumán (Argentina) en un contexto de coacción y salario "arcaico" (1881-1893)", *América Latina en la Historia Económica*, México, DF; p. 105 - 128

Campi, Daniel (2005) "Comentarios a 'Medios prácticos para mejorar la situación de las clases obreras, de Julio P. Ávila, 1892'", *Estudios del Trabajo*, Vol. 30, Buenos Aires.

Campi, Daniel (2009) "Contrastes cotidianos. Os engenhos açucareiros do norte da Argentina como complexos sócio-culturais", *Varia Historia*, vol. 25, Belo Horizonte, p. 245 – 267

Campi, Daniel y Vignoli, Marcela (2016) "La emergencia de la cuestión social en Tucumán. Un concurso de la Sociedad Sarmiento de 1892", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, Puesto en línea el 07 julio 2016, consultado el 03 marzo 2017. URL: <http://nuevomundo.revues.org/69361>

Cusa, Ana Teresa (1989) "Composición profesional de la población de Tucumán (1895-1914)", *Breves Contribuciones del Instituto de Estudios Geográficos*, N° 6, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Tucumán.

Fernández, María Estela (2013) *Salud y políticas públicas en el Tucumán del entresiglo(1880-1916)*, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

García Soriano, Manuel (1960) "LA condición social del trabajador en Tucumán durante el siglo XIX", *Revisión Histórica*, N° 1, Tucumán.

Guy, Donna (1978) "The rural workimg class in nineteenth Century. Argentina: forced plantation labor in Tucumán", *Latin American Research Review*, Vol. 13, N° 1.

Pucci, Roberto (1992) "La población y el auge azucarero en Tucumán" en *Breves Contribuciones del Instituto de Estudios Geográficos* N° 7. Facultad de Filosofía y Letras, UNT, 1992.

Pucci, Roberto (1997) "El crecimiento de la población. Un análisis departamental, 1895-1991". En Bolsi, A. (director) y Pucci, R. (coordinador); *Problemas poblacionales del Noroeste argentino (contribución para su inventario)*. Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Estudios Geográficos.

Rosenzvaig, Eduardo (1987) *Historia social de Tucumán y el azúcar*, Universidad Nacional de Tucumán.

Teitelbaum, Vanesa (2009) "Hacia una política social. Higiene y trabajo en Tucumán del entre siglo", *Anuario IEHS* 24, pp. 41-68

Teitelbaum, Vanesa (2011a) "Contra «la tiranía del mostrador». La campaña de la prensa y los trabajadores por el descanso dominical en Tucumán del entre siglo", *Anuario de Estudios Americanos*, 68, 1, enero-junio, 223-252, Sevilla (España).

Teitelbaum, Vanesa (2011b) "Prensa, asociaciones obreras y demandas laborales (TUCUMÁN 1896-1905)", *AMERICANÍA*, Nº1, enero 2011, pp. 195-218

Teitelbaum, Vanesa (2011c) "El mutualismo en el mundo del trabajo (Tucumán, Argentina, 1877-1914)", *VARIA HISTORIA*, Belo Horizonte, vol. 27, nº 46: p.665-688, jul/diez 2011.

Teitelbaum, Vanesa (2011d) "El Centro Cosmopolita de Trabajadores: un espacio de referencia del movimiento obrero en el norte argentino en los umbrales del siglo XX", *Estudios Sociales* 40 [primer semestre 2011] p. 145-174

Teitelbaum, Vanesa (2012) "Protección, cultura y sociabilidad: el Centro de Trabajadores de Socorros Mutuos de Monteros (Tucumán, Argentina, 1890-1913)", *Revista Encuentros Latinoamericanos*, Vol. VI, nº 1, Montevideo, junio de 2012; pp 172-209

Teitelbaum, Vanesa (2014) "Las protestas de los gremios y centros obreros por mejores condiciones de vida y de trabajo en Tucumán, Argentina, 1897-1915", *Revista Encuentros Latinoamericanos*, Vol. VIII, nº 1, Montevideo, junio de 2014.

Teitelbaum, Vanesa (2015) "Movilizaciones, dirigentes y conformación de una trama asociativa en el mundo del trabajo artesanal (Tucumán, 1890-1910)", *Revista THEOMAI / THEOMAI Journal*, número 31 (primer semestre 2015), p.123-145.

Vignoli, Marcela (2015) *Sociabilidad y cultura política. La Sociedad Sarmiento de Tucumán, 1880-1914*. Prohistoria, Rosario.

## 7. Fuentes editas

Censos Nacionales de 1895 y 1914

Bialet Massé, Juan, *Informe sobre el Estado de la clase obrera* (Tomo I), Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 (Primera edición 1904).

Bousquet, Alfredo y otros, *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*, Buenos Aires, 1882.

Ávila, Julio P. (1904) “Medios prácticos para mejorar la situación de las clases obreras”, en Manuel Pérez (Ed.), *Tucumán Intelectual*. Producciones de los miembros de la Sociedad Sarmiento, Tucumán, Imprenta La Argentina.

Pérez, Manuel, (1892) *Las clases obreras. Medios prácticos para mejorar la situación de las mismas*, Tucumán, Tipografía del Bazar Argentino de Philippeaux y Guitart.

Cantón, Eliseo (1913), *Protección a la madre y al hijo: puericultura intra y extra-uterina. Profilaxia del aborto, parto prematuro, abandono e infanticidio*. Maternidad –Refugio, Buenos Aires,